

Joaquín Carlos López Lozano: periodista, político y ateneísta



JULIO PONCE ALBERCA
IRENE SÁNCHEZ GONZÁLEZ

Universidad de Sevilla

RESUMEN: En este artículo se describe el perfil biográfico de Joaquín Carlos López Lozano, presidente de la Diputación de Sevilla entre 1959 y 1961. Particularmente, analizamos las tres principales facetas de su actividad pública: periodista, político y miembro destacado del Ateneo. En todas ellas se reveló como un reformista sintonizado con la idea de una evolución del régimen que desembocara en la restauración de la monarquía en la figura de don Juan. Aunque se sintió periodista durante toda su vida, se lanzó a la arena política de la mano del gobernador civil Hermenegildo Altozano Moraleda, un hombre de ideas monárquicas que desarrolló un mandato en Sevilla sensiblemente distinto al que era habitual entre los gobernadores nombrados desde Madrid. Después de su paso por la Diputación, presidió la Junta de Obras del Puerto y el Ateneo.

PALABRAS CLAVE: Franquismo, Sevilla, Diputación, Prensa, Ateneo.

ABSTRACT: The aim of this article is to describe the biographical profile of Joaquín Carlos López Lozano, president of the *Diputación* of Seville from 1959 to 1961. In particular, attention is paid to his three public roles: journalist, politician and prominent figure of the cultural entity known as *Ateneo de Sevilla*. In all three, he proved himself a sincere reformer and a convinced monarchist. His political ideal was the restoration of the monarchy in the person of don Juan, a goal that required a previous evolution of Franco's regime through the implementation of reforms. Although he considered himself a journalist above all, he took on the presidency of the *Diputación* with the support of a peculiar governor posted to Seville in 1959: Hermenegildo Altozano Moraleda, a monarchist figure close to don Juan. In 1961, after having been president for almost two years, López Lozano prolonged his public activity as president of the *Junta de Obras del Puerto* (the board responsible for the Port of Seville) and, later on, of the *Ateneo*.

KEY WORDS: Francoism, Seville, *Diputación* (Provincial Government), Press, Ateneo.

Hacia finales de junio de 1969 tuvo lugar en la Sala Capitular del Ayuntamiento de Sevilla la entrega de la Medalla de Oro de la Ciudad al Ateneo, mientras que el director de la cabalgata de Reyes Magos –José Jesús García Díaz– recibía la de Bronce. Joaquín Carlos López Lozano, como presidente de la entidad, fue el encargado de recibirla y pronunciar el protocolario discurso ante el alcalde Félix Moreno de la Cova. La

ocasión y el contexto eran propicios para que López Lozano deslizará velados contenidos ideológicos en su exposición. Y, desde luego, no defraudó aquella personalidad que años atrás, desde la presidencia de la Diputación Provincial de Sevilla (1959-1961), se había destacado como un hombre favorable a la introducción de reformas políticas y materiales.

A lo largo de su discurso glosó una breve historia del Ateneo y de la propia ciudad, sin olvidarse de hacer referencia a figuras como Picasso, Unamuno, Balmes o Lord Acton (quien mencionase el carácter democrático de la antigua Hispania con sus concilios toledanos). Más elocuentemente aludió a la indolencia secular de una Sevilla que gustaba de contemplarse a sí misma, sin deseo ni necesidad de emular los logros de otros. Y subrayó cómo el Ateneo, en medio de aquella tradicional atmósfera narcisista, había tenido que sortear graves dificultades económicas mientras intentaba reavivar culturalmente a una ciudad que se antojaba dormida. Esta labor fue una de las tareas principales que llevó a cabo López Lozano en los años sesenta, después de dejar la presidencia de la Diputación: aquella medalla, de algún modo, era también un reconocimiento a su persona¹.

El presente artículo pretende profundizar en la biografía pública de López Lozano, destacando de la misma su perfil como político de espíritu reformista al frente de la Diputación. ¿Cómo fue posible su rápido ascenso político en medio de un régimen dictatorial? ¿A qué factores se debió su «caída»? ¿Qué directrices rigieron el desarrollo de sus actividades públicas posteriores? En el afán por responder a estas y otras cuestiones, analizaremos las tres principales facetas de aquella personalidad: su ejercicio profesional como periodista, su máximo perfil político como presidente de la Diputación y su proyección pública a la cabeza del Ateneo hispalense.

EL PERIODISTA

Si algo caracterizó la vida de López Lozano fue su dedicación al periodismo. Aquel granadino nacido en 1913 llegó a Sevilla con sus padres en la década de los veinte y desde muy joven mostró su inclinación por el mundo de la prensa. Siendo representante comercial de una empresa azucarera, ideó para los trabajadores una revista de humor titulada *El Difusor y la Remolacha*. Tras aquella iniciación, prosiguió su carrera escribiendo en diversas revistas dedicadas a temas como los deportes o el cine. En 1931, consiguió entrar a trabajar en *Radio Sevilla*; allí permanecería hasta 1937, cuando pasó a *El Correo de Andalucía*. En este rotativo destacaría como analista de política internacional bajo el pseudónimo de «Roberto de Arenzaga», hasta despedirse en 1944

1. Discurso pronunciado por el Presidente Exmo. Sr. D. Joaquín Carlos López Lozano. Sesión Plenaria celebrada en el Salón de Actos del Ayuntamiento con motivo de la entrega de la Medalla de Oro de la Ciudad al Ateneo de Sevilla y la Medalla de Bronce al Director de la Cabalgata de Reyes Magos Ilmo Sr. José Jesús García Díaz, Sevilla 25 junio 1969, (folleto publicado en 1971 y reeditado en 2001).

debido a sus desavenencias con la dirección. Aquella decisión lo vinculó para siempre al *ABC* de Sevilla: tras ingresar como redactor-jefe, llegaría a ser su director hasta 1976, fecha en la que se jubiló con 63 años. No obstante, como hombre de inquietudes e intensa actividad, continuaría vinculado al periódico en calidad de consejero-delegado, publicando en sus páginas diversos artículos².

Su trayectoria profesional, en consecuencia, estuvo marcada por el periodismo desde su juventud hasta el retiro. La prensa fue el horizonte que siempre lo acompañó: fue su auténtica vocación, por más que hubiera trabajado como representante comercial en su juventud o, andando los años, mostrase su entusiasmo por la cosa pública desde diversas plataformas de promoción, ya fuese la política vivida en primera línea o la presidencia del Ateneo. En 1944 –el año en el que se trasladó a *ABC*– aparecía como vicepresidente de la Asociación de la Prensa. Años más tarde, hacia finales de la década de los cincuenta, pasó a ocupar la presidencia de la misma Asociación, plataforma desde la que satisfacía a la perfección un doble objetivo: convertirse en uno de los referentes de la prensa sevillana y adquirir una proyección pública que se revelaría muy útil a partir de 1959, año en el que comenzó una breve pero intensa trayectoria política como presidente de la Diputación.

El impacto cuantitativo del nombre de Joaquín Carlos López Lozano refleja bastante fielmente los ritmos e intensidad de su vida pública. Si consultamos el número de veces que apareció su firma en las páginas de *ABC*, podemos comprobar que sus apellidos comenzaron a dejarse notar en la década de los cincuenta de manera creciente para, ya en el decenio siguiente, alcanzar un máximo en el año 1968. Tras esa fecha, fueron reduciéndose las apariciones hasta su jubilación en 1976. Ya en la década de los ochenta y noventa, el nombre del antiguo director de *ABC* conservó una presencia discreta pero recurrente en las páginas de aquel diario. Resulta significativo verificar que el final de su período de mayor actividad política en primera línea (como presidente de la Diputación, 1959-1961) no puso fin a su proyección pública. Muy al contrario, sería como director de *ABC* –a partir de 1962– cuando gozase de un intenso protagonismo: bien como objeto de noticias, bien como articulista. Aquellos fueron años en los que simultaneó la dirección del periódico con la presidencia del Ateneo y la de la Junta de Obras del Puerto. Sin duda, la década de los sesenta fue la de mayor plenitud para López Lozano.

Dirigía, por añadidura, un periódico que lideraba claramente el escenario de la prensa local por aquellos años. Sus principales competidores eran *El Correo de Andalucía* y el vespertino *Sevilla* –el primero católico y el segundo vinculado al Movimiento–, pero las diferencias entre las cifras de tirada eran de sobra elocuentes: *ABC* tenía más

2. Vid: CHECA GODOY, Antonio; ESPEJO CALA, Carmen y RUIZ ACOSTA, M.ª José (coordinadores): *ABC de Sevilla, un diario y una ciudad. Análisis de un modelo de periodismo local*. Sevilla: Universidad-ABC, 2007, pp. 273-274.

del doble de suscriptores (ventas espontáneas aparte) que *El Correo* o *Sevilla*. Según datos de 1964, el consumo anual de papel de *ABC* era de más de 2.700 toneladas, mientras que los otros no llegaban a alcanzar las 200³. Era, sin duda, el periódico preferido por la población, por motivos diversos entre los que se contaban su cómodo formato, su orientación moderada (dentro de la prensa de la época) y la debida mezcla de informaciones de variado rango sin olvidar el ámbito local. Habría que esperar a los últimos años sesenta y comienzos de los setenta para contemplar una competencia seria de *El Correo* frente a *ABC*, en virtud del cambio de orientación del periódico católico y de la coyuntura política y social del momento. Pese a todo, cuando López Lozano se jubiló, el diario monárquico seguía ocupando el primer puesto en las ventas locales.

Resulta difícil deslindar las inquietudes del López Lozano periodista de las del López Lozano político u hombre público. Y el suyo no fue un caso común. De hecho, él fue una de las contadas excepciones locales de periodistas que compaginaron sus carreras con la política en la época de la dictadura franquista. Esa dualidad había sido relativamente corriente antes de la guerra civil, pero la propia estructura del régimen y la desaparición de las libertades dificultaron los casos de promoción política de hombres procedentes de la prensa. López Lozano consiguió ascender hasta la presidencia de la Diputación siendo presidente de la Asociación de la Prensa; curiosamente, el vicepresidente de la Asociación será Celestino Fernández Ortiz, abogado y periodista vinculado al diario *Sevilla* que llegó a ser concejal en los años cincuenta. Los dos periodistas-políticos y los dos, también, miembros de la primera junta directiva de la Asociación de la Prensa por elección y no por designación, como había sido habitual hasta entonces bajo la dictadura. Ambos encarnaron un nuevo aire —quizás tan sólo una tenue brisa— que traía aparejado un cierto nivel de modernización.

Podría decirse que la eterna lucha de López Lozano por introducir novedades para la mejora de *Sevilla* se inició ya desde las páginas de la prensa escrita. Durante años dirigió la revista mensual *Campo* y en 1960 se empeñó en sacar adelante una revista de empresa de *Cruzcampo*⁴. Le preocupaban la modernización de la agricultura, el avance económico del país, la equiparación con los países más prósperos de la ansiada Europa y un horizonte político para el futuro basado en los ideales monárquicos.

Una simple lectura de algunas de sus columnas en prensa nos ayuda a conocer mejor su perfil. Aunque periodista versado en varios terrenos (incluido el deportivo), López Lozano dedicó buena parte de sus desvelos a cuestiones agrarias. Y por su atinada pluma siempre fue reconocido, aunque no faltaron ocasiones en las que otras voces matizaron sus opiniones. En septiembre de 1952, por ejemplo, el ingeniero Manuel

3. Vid.: CHECA GODOY, Antonio: «Prensa y radio en la Sevilla del tardofranquismo (1951-1975)» en LANGA NUÑO, Concepción; ROMERO DOMÍNGUEZ, Lorena R. y RUIZ ACOSTA, María José (coords.): *Un siglo de información en Sevilla, 1909-2009*. Sevilla, Universidad-APS, 2009, p. 174.

4. Vid.: *Ibidem*, pp. 171-177.

Sagrera puso los «puntos sobre las íes» para justificar la lentitud de la campaña de producción azucarera⁵. Más allá de sus preocupaciones por la cuestión agraria, López Lozano se mantuvo siempre atento a lo que ocurría fuera de nuestras fronteras (recordemos que ya en los cuarenta se dedicó a la información internacional en *El Correo*) y no desaprovechó ninguna ocasión de trasladarlo al público, ya fuera desde la prensa o en actos públicos. En abril de 1954, por ejemplo, pronunció en el Ateneo (entidad de la que sería presidente diez años más tarde) una conferencia titulada «La vida en los Estados Unidos», en la que describió las impresiones recibidas en un viaje que había realizado por aquel país. El momento era oportuno porque los Estados Unidos se habían convertido en un importante aliado de España con la firma de los acuerdos bilaterales de septiembre de 1953⁶.

Resulta difícil seleccionar el artículo más destacado de la prolongada vida periodística de López Lozano. Pero tal vez fuera el extenso análisis que publicó en abril de 1971 uno de los más relevantes, por cuanto en él desbrozó su diagnóstico de la Sevilla de comienzos de los setenta, consignando sus debilidades y carencias, poniendo el dedo en la llaga de algunos de los problemas más agudos y señalando el camino para proyectos que sólo verían la luz muchos años después. En esos párrafos se revela con nitidez el polimorfismo de López Lozano, como periodista y como hombre público, defensor de iniciativas que sólo podían impulsarse desde la esfera ejecutiva de la política. Hacía años que la había abandonado, pero ni olvidaba sus proyectos ni renunciaba a difundirlos. Probablemente porque, en el fondo, tampoco le resultaba del todo descartable un retorno a la política dadas las aguas revueltas de los últimos años de un régimen personal cuyo titular pronto desaparecería.

El título del artículo era «Sevilla 1970. El libro negro de un mal año». En su opinión, pocas eran las cosas buenas que habían sucedido, salvo los esfuerzos en ciertas obras públicas y en el campo de las bellas artes. Sevilla carecía de viviendas suficientes, faltaba una verdadera editorial sevillana y un espíritu empresarial dinámico y, por todo ello, clamaba por una Facultad de Ciencias Económicas y soñaba con otra de Periodismo: ambas se levantarían años después. López Lozano defendía el Polo de Desarrollo (pese a su fracaso relativo), pero, sobre todo, era consciente de la necesidad de inversiones extranjeras que no encontraban el mejor caldo de cultivo en una ciudad con unas tensiones laborales crecientes (debidas a la actividad de Comisiones Obreras y, desde ese año, de una UGT aún clandestina). Mientras tanto, propugnaba la fusión de las cajas de ahorro sevillanas (San Fernando y El Monte), que aún se demoraría varios lustros, aunque él se escandalizara entonces de los diez años de negociación que se habían invertido hasta 1970. Al campo le faltaba, en su opinión, la misma mentalidad modernizadora: «¿La vega de Carmona? ¿Qué beneficios inmediatos para la

5. Vid.: *ABC*, 25 de septiembre de 1952, p. 11.

6. Vid.: *ABC*, 3 de abril de 1954, p. 16.

rentabilidad de las inversiones estatales podríamos ofrecer? ¿Para sembrar trigo en regadío?». En la ciudad adormecida, «al cabo de doce años, todavía no hemos sido capaces de poner en pie una verdadera feria de muestras ni trasladar la de abril». Hombre liberal, partidario de la modernización y enemigo tanto del inmovilismo como de las aventuras revolucionarias, entendía que las soluciones debían darse en el marco de una «democracia participativa», lejos y «al margen de abstractas igualdades»⁷.

Aquel artículo estaba escrito seis años antes de su jubilación como director de *ABC*. Era ya un hombre maduro que seguía manteniendo sus ideas de futuro, aun siendo consciente de que su etapa política había quedado atrás diez años antes: cuando dejó de ser presidente de la Diputación de Sevilla. Desde allí, había intentado poner en marcha iniciativas que no llegó a concluir, pero que seguiría defendiendo a lo largo de toda su vida. En el caso de López Lozano, el periodista y el político se identificaban estrechamente.

EL POLÍTICO

Los ideales que un individuo deja traslucir en sus diversas facetas pueden ser inmutables, pero no son idénticas las circunstancias que condicionan su actividad en cada una de las esferas públicas en las que se mueve a lo largo de su vida. En lo más profundo de López Lozano siempre latió el corazón de un periodista, pero nunca cerró las puertas a otras actividades públicas. Y la política sería una de ellas aun sin considerarse un político «profesional», es decir, un hombre fraguado en las lides ideológicas que escalase posiciones dentro de un *cursus honorum*. Lo que desconocía era que, si el ambiente del periodismo local podía encerrar sus sinsabores, el atractivo rompeolas de la actividad política ocultaba abismos.

Hasta 1959 había sido redactor-jefe en *ABC*; a partir de esa fecha iniciaría una intensa experiencia política como presidente de la Diputación por deseo expreso de un singular gobernador civil que había llegado a Sevilla ese año: Hermenegildo Altozano Moraleda. Hombre de clara filiación monárquica y miembro del Consejo Privado de don Juan, Altozano remodeló los principales cargos políticos locales con el objetivo de contar con apoyos en la provincia bajo su mando. La estrategia tenía su lógica y, por añadidura, estaba amparada por un marco legal que otorgaba a los gobernadores una extraordinaria capacidad discrecional para el nombramiento de alcaldes o presidentes de Diputación, además de poder para influir en la configuración de las corporaciones locales. Para contar con hombres de confianza, cambió al alcalde de Sevilla (a favor de Mariano Pérez de Ayala) y al presidente de la Diputación. También se tejió una red de sustentos en la provincia: sólo entre diciembre de 1959 y abril de 1960 cambiaron de manos cerca de una cuarta parte de las alcaldías. Extendió las líneas de aliados políticos

7. Vid.: *ABC*, 2 de abril de 1971, pp. 3-13.

hasta el Sindicato Español Universitario (SEU) al designar a Ramón Cercós Bolaños como jefe del distrito universitario y, como secretario del mismo, a Alejandro Rojas-Marcos. Precisamente, éste último asistió a la fundación del Círculo Cultural Jaime Balmes de Sevilla –el primero de España–, en un acto que se celebró el 25 de mayo de 1959 en Estoril.

López Lozano tomó posesión a comienzos de mayo de 1959, tan sólo unos meses después de la llegada de Altozano como gobernador. La decisión no fue fácil, ya que significaba poner fin a la prolongada presidencia de Ramón de Carranza (1943-1959) al frente de la corporación provincial, pero con López Lozano el gobernador ganaba el apoyo de buena parte de la prensa local. Una figura ya sexagenaria como Carranza dejaba así paso a un periodista más joven, a quien el gobernador calificó como «hombre inteligente, dinámico y emprendedor». Y, para acallar posibles críticas, Altozano añadió:

Que nadie sueñe en destrucción de tareas; que nadie piense en posibles obstrucciones a la que hoy se inicia. En la nueva España no caben personalismos. Es el mismo afán de servir; es el mismo idéntico deseo de ser útiles el que nos guía a todos. En coyuntura tal, los hombres cuentan poco. Es, como digo, el mismo afán y el mismo propósito. Hacer el relevo no es sino un sencillo acto más, que ofrendamos a los intereses de Sevilla y a los intereses de España⁸.

Aquellas palabras reflejaban, por enésima vez, los criterios con los que pretendía gobernar Altozano: contener a la Falange y potenciar la causa de don Juan desde una interpretación amplia de lo que debía ser el Movimiento. El excepcional nombramiento de Altozano como gobernador se debió al relativo acercamiento de posiciones entre la Comisión Permanente del Consejo Privado de don Juan y dos directores generales del Ministerio de la Gobernación: el de Política Interior (Manuel Chacón Seco) y el de Administración Local (José Luis Moris Marrodán). Por esas fechas, El Pardo y Estoril andaban en cierta sintonía y el ministro de la Gobernación –el general Camilo Alonso Vega– accedió a dejar dos gobiernos civiles en manos de «juanistas» (Altozano en Sevilla y Santiago Galindo Herrero como gobernador en Tenerife)⁹. La apuesta era, no obstante, arriesgada: tanto, que ninguno de aquellos dos gobernadores tendría un mandato demasiado largo. Galindo fue cesado en 1960 y Altozano abandonó en 1962 tras un profundo desgaste sufrido el año anterior. Evidentemente, la mayor parte de los cargos designados por Altozano se verían abocados a la misma suerte y López Lozano tuvo los reflejos suficientes para adelantarse a los acontecimientos y dejar la pre-

8. Cfr.: ABC, 6 de mayo de 1959, p. 25.

9. Vid.: ACEDO CASTILLA, José F. «En memoria de don Joaquín Carlos López Lozano (1913-1998)» en *Boletín de la real Academia Sevillana de Buenas Letras*, 1999, n.º 27, p. 62.

sidencia de la Diputación en 1961, pasando a situarse a la cabeza de la Junta de Obras del Puerto.

Ser nombrado presidente de la Diputación por un gobernador tan polémico tenía el precio encajar un buen número de rumores y críticas. Desde muy pronto, López Lozano recibió descalificaciones procedentes de los más variados ángulos ideológicos. Naturalmente, tenía el apoyo de las capas liberales y monárquicas identificadas en buena medida con el periódico en el que había prestado sus servicios, pero la oposición clandestina lo veía como un elemento más del franquismo, mientras los falangistas recelaban de unos «juanistas» que pretendían desvirtuar el Movimiento. Uno de los informadores de Radio España Independiente decía de él lo siguiente en torno al año 1962, cuando ya había dejado de ser presidente de la Diputación:

Don Joaquín Carlos López Lozano, que se titula abogado aunque en realidad no posee ni el título de bachiller, se inició en el franquismo como oportunista cronista de guerra desde la retaguardia, naturalmente, en artículos que firmaba con el seudónimo de Roberto de Arenzaga, bien pagado, por cierto, por el Ministerio de Cultura nazi¹⁰.

El fragmento es de lo más benigno que puede leerse en la página de aquel inmisericorde informador denominado «R-1». Las claves eran obligadas para aquellos simpatizantes comunistas que, desde la más hermética clandestinidad, suministraban informaciones a Radio España Independiente para su divulgación por las ondas desde Bucarest hacia toda España. El secreto del informador y el sesgo ideológico antifranquista alimentaron muchas veces exageradas calumnias sin límite y el escrito de «R-1» sobre López Lozano cuadra en esta categoría. Se le acusaba de cobrar de los clubes de fútbol locales como periodista deportivo para dulcificar su pluma; se decía de él que era un jugador que arriesgaba el dinero de la Asociación de la Prensa; y lo mismo tenía «una querida» en el barrio de Nervión que se dejaba entrever una supuesta relación homosexual con el gobernador Hermenegildo Altozano. Las razones de su paso y posterior abandono de la Diputación eran meridianamente claras para aquel informador comunista:

Ya en la Diputación, Joaquín Carlos López Lozano comprueba que no puede llevarse demasiado, porque las arcas están exhaustas gracias a la gestión que a favor de su propia cartera había hecho el anterior presidente, señor marqués de Soto Hermoso, y entonces solicita y obtiene ser nombrado director de las obras del puerto y, de manera especial, lo que más le interesaba: dueño y señor de los cientos de millones que costará el canal Sevilla-Bonanza...¹¹.

10. Vid.: Archivo Histórico del Partido Comunista de España (AHPCE). *Correo de la Pirenaica*, leg. 175, carpeta 9.

11. Vid.: *Ibidem*

Aunque carentes de tales exabruptos, hubo otros informes también desfavorables sobre el personaje. En este caso, estuvieron confeccionados por agentes del régimen que elevaron sus notas hasta el mismísimo Palacio de El Pardo. En el archivo de Francisco Franco hay varios documentos muy expresivos de los recelos que suscitaba el nuevo presidente de la Diputación. Dos de esas notas informativas eran anónimas y ofrecían una imagen negativa del personaje, calificado de «arribista de gran osadía» que, al parecer, tuvo connivencias con el cónsul inglés en Sevilla durante la guerra mundial. Más aún: había pertenecido al Casino Radical y militó en el partido de Unión Republicana antes de 1936. Se desprendía de aquellos párrafos que López Lozano no tenía categoría para ocupar el cargo «...por la concepción moral, realmente ligera, que se le otorga». Su nombramiento como presidente de la Diputación provocó un revuelo en la ciudad y algunos llegaron a presentar su protesta al gobernador Altozano, quien, sin embargo, alegó diplomáticamente «que la designación había sido impuesta desde Madrid».

En realidad, el gobierno sabía perfectamente que no había intervenido en los nombramientos realizados o propuestos por el gobernador quien, según estos informes, «...se mueve exclusivamente al dictado del Opus Dei y de un grupo de monárquicos juanistas, con los que se reúne habitualmente y de los que recibe orientación y consejo»¹². También Sancho Dávila, en julio de 1959, le hizo llegar un informe confidencial a Franco en el que se quejaba de la situación de Sevilla, «donde el Jefe Provincial [el gobernador] hace menoscabo de las directrices del Régimen, vanagloriándose de no vestir el hábito falangista, incluso en la visita del Ministro Secretario [por entonces José Solís] o al presidir el Consejo Provincial». Y subrayaba la sorprendente determinación del gobernador a la hora de nombrar al alcalde («el más ineficaz de los hombres que han pasado por aquel desgraciado Ayuntamiento») o al presidente de la Diputación («un periodista deportivo, agrícola, sablista en ambos sitios, estafador con sumarios en los Juzgados sevillanos y de mala conducta pública») ¹³.

Podríamos citar hasta la saciedad otros informes que reiteraban las mismas críticas al gobernador Altozano y a las personas a las que había confiado cargos relevantes en la ciudad¹⁴. Pero, por lo que a nuestro tema se refiere, cabe plantearse si todos los sectores de la ciudad sostenían esos puntos de vista extremos y si la gestión de López Lozano al frente de la Diputación arrojó un balance tan deplorable como parecía esperar de lo que pensaban falangistas o comunistas. Para intentar situar las cosas en términos más justos resulta preciso examinar con cierto detenimiento su presidencia y los detalles del contexto en que se produjo.

12. Cfr.: Archivo Fundación Nacional Francisco Franco (AFNFF), docs. 21893 y 21894.

13. Cfr.: AFNFF, doc. 10129.

14. Vid.: AFNFF, doc. 1050. Boletín de Información de FET, 13 de enero de 1960.

Lo primero que hemos de subrayar es que López Lozano contó con importantes apoyos para acceder al cargo. No todos eran detractores. El gobernador, los sectores monárquicos locales y el rotativo más importante de la ciudad por entonces –ABC– lo respaldaron decisivamente. La clave de toda la operación era Hermenegildo Altozano, quien, tan sólo dos meses después de su llegada a Sevilla, organizó el primer *Círculo Cultural Jaime Balmes* como asociación de carácter monárquico con sede en la Casa de Pilatos. Hacia finales de mayo de 1959, se celebró en Estoril una comida presidida por don Juan para refrendar la iniciativa. A ella asistieron José Francisco Acedo Castilla (primer presidente regional de estos Círculos), Juan Delgado Roig (presidente del Círculo hispalense), Joaquín González Moreno (secretario), Rafael Medina, Javier Mencos Guajardo-Gallardo, Jesús Silva Porto y un largo etcétera. La causa de don Juan era la del gobernador Altozano y se encontraba vinculada a un deseo de modernización del país, requisito imprescindible para una tranquila restitución de la Corona en el futuro.

Si Altozano colocó a López Lozano en la Diputación fue, precisamente, para introducir aires nuevos y terminar con las viejas estructuras anquilosadas. Un hombre de talante liberal, dinámico y decidido era el más indicado, por muchas resistencias que pudiera suscitar. El respaldo del gobernador no se limitó a las primeras semanas; por el contrario, no tuvo dudas en remodelar la corporación provincial para ampliar las bases de apoyo del presidente y de la causa «juanista». Así, en noviembre de 1959, la Diputación fue disuelta al suspender el ministro de la Gobernación a buena parte de los diputados provinciales. En su lugar, el gobernador instaló una comisión gestora de clara filiación monárquica y más adecuada para arropar al presidente. Entre sus miembros se contaron hombres como el arquitecto Fernando Barquín, Miguel Maestre y Lasso de la Vega, Carlos Beca, Luis Ybarra o Jesús Silva Porto, entre otros. Empresarios y jóvenes profesionales, envueltos todos de un espíritu moderado, liberal y promonárquico¹⁵.

Poco más de un año duró aquella gestora, pero fue capaz de desplegar una notable actividad en forma de ambiciosos proyectos urbanísticos y modernizadores en los que predominó un componente social del que Sevilla estaba necesitada. Dentro de la Diputación, se saneó la situación económica, se impulsó la construcción de viviendas ya iniciada con anterioridad (Nervión, Los Remedios) y se prestó una especial atención a los establecimientos de beneficencia. Esos fueron los propósitos esenciales de López Lozano al frente de la corporación provincial. No tuvo más ambición que la de aportar su contribución a lo que él entendía que era un programa modernizador, con la mirada puesta en los tiempos que vendrían una vez que concluyese la dictadura. Desde

15. Vid.: Archivo Diputación Provincial de Sevilla (ADPS). Libro de Actas n.º 5797, f. 1. También ABC, 15 de noviembre de 1959, p. 55. Diputados gestores como Jesús Silva o Carlos Beca se incorporaron más tarde.

el mismo día de su toma de posesión, dejó claro quién era ante el presidente saliente Ramón de Carranza, marqués de Soto Hermoso:

El que llega en este instante a esta Casa y ante vosotros, trae un bagaje brevísimo... Es lo corriente venir bajo la aureola de un título nobiliario o académico, es justo venir con un título de técnico administrativo o de rico hacendado. Yo no soy ni lo uno ni lo otro. Soy un hombre del pueblo y un hombre de la calle. Un hombre de la calle que viene a servir lealmente a España y a servir lealmente a la provincia y a estar aquí exacta y justamente el tiempo en que crea honradamente que es útil a España y a la provincia. Y si alguna gala significa este matrimonio con la Corporación provincial, en la misma maleta traigo los lutos de la viudez del cargo para irme inmediatamente, que no me gusta ni la comedia, ni perder el tiempo, ni obstaculizar el paso a hombres que puedan ser más útiles que yo, cuando estoy al frente de cualquier actividad. Mi único orgullo es el título aquel que un hombre insigne como Don Torcuato Luca de Tena advirtió que era el único que admitía se le pusiera en su esquila mortuoria, periodista. Este es mi máximo orgullo (...) No dejo el periodismo y a él volveré.¹⁶

Su discurso terminó con un «trabajemos todos unidos por una Sevilla mejor» muy distinto –y muy distante– del sonoro «Arriba España» pronunciado por Ramón de Carranza en el mismo acto. No eran, pues, ciertas buena parte de las acusaciones que gravitaron sobre él, algunas auténticas calumnias referidas a su vida personal. Tampoco tuvo una ambición desmedida por el cargo y supo muy bien qué papel se le había asignado en el ensayo de difusión de una renovada idea monárquica puesto en marcha por Altozano. De acuerdo a ese guión, la actitud de López Lozano tendría coherencia desde el día que tomó posesión hasta su marcha en abril de 1961.

Tras más de un año de funcionamiento de la Comisión Gestora, a aquellas alturas resultaba preciso poner fin a la situación de interinidad propiciando un retorno a la normalidad. Y en este punto se mostraron perfectamente sintonizados el gobernador y el presidente. El 3 de abril, se constituyó una nueva corporación provincial formada por los dos grupos contemplados en la normativa entonces vigente: diputados de representación corporativa y diputados por partidos judiciales. Representando a las corporaciones, tomaron posesión Fernando Barquín Barón, Carlos Beca Iglesias, Luis Ybarra Ybarra, Jesús Silva Porto, Miguel Vázquez Durán y José Luis Campuzano Zamarallo; por los partidos judiciales figuraban los munícipes Pedro Valverde Fredet, Luis Narbona Álvarez, Joaquín Soto Ceballos, Antonio Moreno Vergara, Nicomedes Sanz Naranjo, Enrique Domínguez Ledesma, Francisco Íñigo Cruz, Javier López de la Puerta, Manuel Castro Orellana y Francisco Adorna Rosales. El vicepresidente sería Pedro Gutiérrez Calderón¹⁷.

16. Cfr.: ADPS, sesión extraordinaria de 5 de mayo de 1959, ff. 193r-194.

17. Vid.: ABC, 4 de abril de 1961, p. 25.

Fue el magistrado Silva Porto el encargado de pronunciar unas palabras de agradecimiento para la comisión gestora a la que se ponía fin, pues él mismo, como otros diputados, habían pertenecido a ella. La Diputación normalizaba así su vida corporativa, aunque, en realidad, se había configurado una nueva corporación con buena parte de los miembros de la anterior gestora. Para López Lozano, había llegado el momento de marcharse una vez que la fisonomía política de la Diputación había cambiado definitivamente con respecto a la etapa de Carranza. El perfil de sus componentes estaba tan acreditado que se le llegó a conocer como «una Diputación de presidentes» y, efectivamente, podía salir uno nuevo de cualquiera de ellos. Pocos días más tarde, López Lozano presentaba la dimisión –de acuerdo con el propio gobernador– para que el nuevo nombramiento recayera en Miguel Maestre Lasso de la Vega, otro miembro de la antigua gestora que ahora podía encajar perfectamente en calidad de presidente. En su despedida, López Lozano ratificó su coherencia retirándose de la política para desempeñar la presidencia de la Junta de Obras del Puerto, que tenía ante sí uno de los proyectos más importantes del momento para el desarrollo de la ciudad: el canal Sevilla-Bonanza. Andando el tiempo, este ambicioso proyecto fracasaría por falta de apoyo local y por ciertas reticencias en Madrid. Aquella fue una de las frustraciones de López Lozano, al igual que lo sería para el futuro gobernador, José Utrera Molina, que fue también un firme defensor del canal.

Su actividad, sin embargo, no cesó en los siguientes años. Volvió al periodismo, compatibilizándolo con el cargo en la Junta de Obras del Puerto. Pero fue durante los años sesenta y buena parte de los setenta cuando López Lozano tendría ocasión de demostrar, una vez más, sus dotes de gestor: lo haría al frente de una institución que se encontraba al borde del colapso financiero en 1963. Nos referimos al Ateneo de Sevilla, cuya presidencia ocupó en dos ocasiones.

EL ATENEÍSTA

En los albores de los años sesenta, hacía tiempo que el Ateneo de Sevilla había dejado atrás su época dorada. La situación era, en buena medida, fruto de una evolución a largo plazo de las estructuras sociales y culturales que explicaba el declive no sólo de la entidad sevillana, sino de todo el conjunto de instituciones culturales de raigambre decimonónica nacidas con una vocación de formación y cultivo de sus miembros y con una mayor o menor proyección pública según los casos. El Ateneo sevillano, que se había fundado en las últimas décadas del siglo XIX, había llegado a conjugar en los momentos iniciales de la centuria siguiente un intenso despliegue de actividades públicas, constituidas en ejes significativos de la vida social sevillana (notablemente, la Cabalgata de Reyes Magos y los Juegos Florales), con su carácter de polo de atracción de la intelectualidad local y de foco aglutinador de las elites de la ciudad, como centro

de inspiración liberal nutrido por miembros de las clases propietarias y profesionales liberales¹⁸.

Sin embargo, en el transcurso del siglo el modelo comenzaría a mostrar síntomas claros de agotamiento. En términos generales y en un contexto más amplio, la irrupción de una cultura de masas suponía una profunda convulsión para un modelo basado en última instancia en una concepción elitista de la cultura y de la sociedad. En el caso particular de España, la inestabilidad de la Segunda República, la vigilancia cultural de la guerra civil y de los primeros años de la posguerra y el dirigismo y atonía de los años cincuenta poco contribuyeron a frenar el declive de este tipo de instituciones. A principios de los sesenta, el Ateneo de Sevilla era ya un centro aquejado por una multitud de dificultades que habían llegado a poner en riesgo su misma existencia. La incapacidad para sostenerse por las cuotas de un decreciente número de socios se veía agravada por los incrementos en los gastos de alquiler del local y las subidas salariales del personal del centro como fruto de los convenios colectivos; al mismo tiempo, la entidad se mostraba paralizada, lastrada por desavenencias internas y sumida en un profundo inmovilismo. Todo ello entorpecía el despliegue de una oferta cultural capaz de atraerse a una sociedad en cambio, en una ciudad en rápido crecimiento cuyas nuevas generaciones poco sintonizaban con los planteamientos tradicionales del Ateneo y en un contexto en el que los intereses y centros culturales comenzaban a diversificarse y las inquietudes intelectuales de los españoles anunciaban ya un cambio profundo. La incapacidad para adaptarse a este cúmulo de circunstancias estallaría en toda su plenitud en 1963: en el mes de septiembre, la junta general aprobaba la presentación de un expediente de crisis¹⁹.

A la presidencia de este Ateneo al borde de la quiebra arribaría López Lozano el 22 de junio de 1964²⁰. Aunque el periodista y político no había sido un personaje especialmente implicado en la actividad ateneísta en los años inmediatamente anteriores²¹,

18. Vid. la historia del nacimiento del Ateneo de Sevilla y su evolución en las primeras décadas del siglo XX, en PABLO ROMERO DE LA CÁMARA, María: *Historia del Ateneo de Sevilla, 1887-1931*. Sevilla: Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Sevilla, 1982.

19. Vid. Libro de Actas de la Junta Directiva del Ateneo de Sevilla (LAJDAS), n.º 6; Libro de Actas de la Junta General del Ateneo de Sevilla (LAJGAS), n.º 4, especialmente la Junta General Extraordinaria de 30 de septiembre de 1963. Para una visión panorámica de la historia del Ateneo de Sevilla a partir de la Segunda República, incluida la etapa de López Lozano, vid. SÁNCHEZ GONZÁLEZ, Irene: *Historia del Ateneo de Sevilla, 1931-1999*. Sevilla: Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Sevilla, 2009.

20. LAJGAS, n.º 4, Junta General Ordinaria de 22 de junio de 1964.

21. La época de colaboración más estrecha de López Lozano con el Ateneo se había dado en los años centrales de la década de los cuarenta, en la que el joven periodista había ocupado un cargo como vocal de la junta directiva y contribuido a la organización de conferencias, la concesión de premios literarios y los actos de la Cabalgata, en la que apareció como Rey Melchor en 1945. Vid. LAJDAS, n.º 5, Junta Directiva Ordinaria de 3 de noviembre de 1944; PÉREZ CALERO, Gerardo: *Las bellas artes y el Ateneo de Sevilla. I. La vida artística de la ciudad (1887-1950)*. Sevilla: Ateneo de Sevilla, 2006, pp. 489, 492; FLORES LUQUE, Vicente: *La Cabalgata de Reyes Magos. Sevilla, 1918-1992*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 1992), p. 132.

la solución era propicia. Desde la óptica del Ateneo, la institución se encontraba en un momento terriblemente difícil que la cartera de contactos y la influencia de un López Lozano bien podrían contribuir a paliar. Y, en efecto, la llegada a la presidencia fue fruto no de una iniciativa del propio personaje, sino de la petición expresa de una comisión establecida por la Junta Directiva saliente para solicitarle que se colocase a la cabeza de la entidad²².

Pero al margen de esta conveniencia, lo cierto es que López Lozano encajaba a la perfección en el perfil ideológico que por entonces caracterizaba al Ateneo, una casa en la que se daban cita personajes significados del monarquismo sevillano. No en vano, en la comida celebrada en Estoril en mayo de 1959 con ocasión de la fundación del Círculo Balmes de Sevilla habían flanqueado a Don Juan dos prominentes socios del Ateneo, como lo eran Acedo Castilla y Delgado Roig. Los vínculos ateneístas con las fuerzas monárquicas eran evidentes y el centro, pese a la situación de crisis en que se encontraba, ya había dado algunas muestras de un tímido aperturismo modernizador con anterioridad a la llegada de su nuevo presidente. La sintonía no podía ser más clara.

No resulta sorprendente que fuese, precisamente, Acedo Castilla quien pasase a ocupar la vicepresidencia del Ateneo en la nueva junta directiva constituida con ocasión de la llegada de López Lozano a la primera fila de la institución. Era lógico dado el vínculo de amistad personal que unía a los dos personajes desde los años cuarenta²³, así como el destacado papel jugado por Acedo a la hora de convertir a Sevilla en punta de lanza de las fuerzas *juanistas*. Junto a ellos, José Jesús García Díaz se haría cargo en la práctica de la gestión diaria del centro, con la que se encontraba profundamente comprometido por vocación personal y para la cual la apretada agenda del nuevo presidente dejaba escaso tiempo.

La llegada al Ateneo de López Lozano, tal como habían esperado los miembros de la junta directiva que recurrieron a él para sacar al centro de su postración, fue un revulsivo de primer orden. Aparte de reforzar la tendencia político-ideológica imperante entre miembros destacados de la entidad, su presidencia se tradujo en un impulso saludable que lograría revitalizar la entidad, sanear sus cuentas y devolverle cuando menos una parte del pulso perdido. Su discurso de toma de posesión revelaba de nuevo rasgos ya familiares en el personaje:

(...) a este sillón (...) arriba hoy el presidente más modesto que conoció el Ateneo: un sencillo periodista que anda tan escaso de tiempo como de dinero.

Esto ocurre cuando los tiempos son bonancibles, cuando a muchas Corporaciones tradicionales, les acecha esa muerte, perezosa y lánguida a que aludía Lope de Vega; sucede cuando la hacienda ateneísta aparece como nuestras carreteras: muy bacheadas; acaece cuando todo el mundo habla de estabilización y de desarrollo.

22. LAJDAS, n.º 7, Juntas Directivas Ordinarias de 21 de mayo y 5 de junio de 1964.

23. ACEDO CASTILLA, ob. cit., p. 59.

(...) Procuraremos que el «aggiornamento» también llegue al Ateneo, aunando tradición y dinamismo. La presidencia estará con todos, esperanzada en la conciliación, en la comunidad. (...) Personalmente no soy partidario de capillismo ciudadano y social. (...) Nosotros, todos, tenemos que aunar nuestros esfuerzos por el Ateneo. Este Ateneo que representa una tercera fuerza cultural, pacífica, desinteresada y permanente entre y alrededor de todas las corporaciones públicas y privadas, una tercera fuerza que no es clasista, que no está sometida a ningún grupo de presión y que no debe doblegarse ante ninguna política de campanario o de casta.

Esta unidad fundamental ateneísta ha de girar sobre una Sevilla muy 18 de julio, abierta al diálogo de los matices (...) ²⁴.

La pintoresca reinterpretación del 18 de julio como referente de tolerancia y diálogo no oscurece lo esencial del discurso: el ansia modernizadora y la voluntad ya patente en el resto de sus proyectos de inyectar nuevos bríos a la institución —y, a través de esta, a la vida de la ciudad—. El primer requisito para emprender un proyecto de estas características era resucitar el Ateneo, lo que pasaba por encontrar fuentes de financiación. Para ello, en un esfuerzo incansable de gestiones realizadas ante instancias públicas (incluidos el Ministerio de Información y Turismo, el Gobierno Civil o el Ayuntamiento) y privadas, el nuevo presidente lograría en un solo curso la concesión de subvenciones y créditos que superaban con creces el medio millón de pesetas y colocaban a la entidad en una situación de superávit ²⁵. No obstante, más importante que esta solución a corto plazo con tintes de aparente milagro resultaba encontrar un nuevo modelo de financiación y funcionamiento capaz de garantizar el sostenimiento futuro del centro. Con este fin, bajo la presidencia de López Lozano se procedió desde un primer momento a adoptar instrumentos de seguimiento y control de la situación económica del centro, elaborando y haciendo públicos para los socios un inventario de bienes, presupuesto anual, estado de cuentas y recuento del número de socios. En paralelo, se impulsaría una campaña de captación de nuevos socios incitando a los miembros de la entidad a participar del esfuerzo y se buscarían nuevas fórmulas de financiación como la venta de participaciones de lotería para ayudar a sufragar la calgata. Pero, sobre todo, se ensayó la búsqueda constante de fuentes de financiación externas para las actividades del Ateneo, incluidos los múltiples premios de carácter artístico y literario convocados por la entidad. Así, se pasaba de las subvenciones de carácter general al patrocinio específico de cada actividad por parte de entidades, organizaciones o particulares, inaugurando un nuevo modelo económico de sostenimien-

24. LAJGAS, n.º 4, Junta General Ordinaria de 30 de junio de 1964.

25. LAJDAS, n.º 7, Juntas Directivas Ordinarias de 7 de julio de 1964, 24 de septiembre de 1964, 5 de noviembre de 1964, 28 de mayo de 1965, 14 de diciembre de 1965. Según el informe presentado por el presidente a la junta directiva, la cuantía exacta ingresada en concepto de subvenciones oficiales había sido de 659.566,42 pesetas.

to del Ateneo²⁶. Aunque las dificultades económicas puntuales no desaparecerían para siempre, en términos generales la gestión de López Lozano y de su directiva permitió una tranquilidad insospechada.

El saneamiento de los medios permitió centrarse en los fines, y la actividad desplegada por el Ateneo en esta etapa reflejaría de manera clara un nuevo impulso facilitado por las mejoras económicas y por la vocación modernizadora que compartían con el nuevo presidente miembros destacados de la directiva. Las conferencias se retomarían de forma enérgica, introduciendo temas que superaban el enfoque localista que había imperado en el Ateneo en años recientes. Particularmente reveladores de la naturaleza de los nuevos tiempos y del talante de la directiva serían el ciclo relativo a la renovación de la Iglesia que impulsaba el Concilio Vaticano II –lo que incluyó la visita del Cardenal Bueno Monreal, junto con otros destacados conciliaristas– o las conferencias dedicadas a analizar cuestiones económicas en el contexto del desarrollismo de los años sesenta²⁷. Quedaba clara la sinergia entre las aspiraciones de modernización de López Lozano y el carácter que dio al Ateneo, desde el cual impulsaría en 1967 una serie de peticiones al gobierno, encaminadas a propiciar el desarrollo agrícola regional, que contaron con la adhesión de la práctica totalidad de las «fuerzas vivas» hispalenses²⁸. Poco después, la Diputación que había presidido años atrás apoyaba un ciclo para difundir los resultados de un ambicioso estudio sobre la economía de la provincia realizado con financiación de la Caja San Fernando, claro reflejo de las nuevas prioridades de unos organismos provinciales cuyo principal cometido era ya el desarrollo material de la región²⁹. En estas conferencias, se abordarían diversos temas expresándose opiniones tan críticas como las de un Santos Juliá –entonces director de instituto–, quien analizó la situación de la enseñanza y puso de relieve la «preferente atención a la clase social media y alta, con evidente descuido de la enseñanza general básica y de las clases modestas»³⁰.

Cambiaba España, cambiaba Sevilla y, con el decidido impulso de López Lozano, cambiaba también el Ateneo. La energía mostrada en la organización de ciclos de conferencias sobre temas de actualidad no quedaría circunscrita al ámbito puramente político, en el que el presidente tenía una destacada trayectoria personal. Antes al contrario, la era de López Lozano a la cabeza de la entidad sería también la de la resurrección de la actividad literaria del centro. En los años sesenta, y al calor de la relajación

26. Vid., por ejemplo, LAJDAS, n.º 7, Juntas Directivas Ordinarias de 5 de noviembre de 1964, 5 de diciembre de 1964, 5 de octubre de 1971, 15 de octubre de 1972, 18 de diciembre de 1973, 5 de marzo de 1974.

27. Cfr., por ejemplo, sobre el Concilio Vaticano II: *El Correo*, 13 de mayo de 1965, 30 de diciembre de 1966; *ABC*, 22 de febrero de 1966. Sobre cuestiones económicas: *ABC*, 21 de enero de 1966, 10 de mayo de 1967.

28. LAJDAS, n.º 7, Junta Directiva Ordinaria de 26 de mayo de 1967. Algunos ejemplos de las adhesiones recabadas pueden encontrarse en *ABC*, 28 de mayo de 1967, 30-31 de mayo de 1967, 7-10 de junio de 1967.

29. Se trataba de dar a conocer el *Estudio general sobre la economía de la provincia de Sevilla* (Sevilla: Inicativas Sevillanas, Banco Urquijo, Caja de Ahorros San Fernando, 1973).

30. *ABC*, 1 de febrero de 1974.

de la censura y de los contactos crecientes con el mundo exterior, el mercado literario español estaba experimentando un momento de auge que contrastaba vivamente con la atonía cultural de la década precedente. En este marco hay que inscribir las nuevas iniciativas ateneístas, entre las que habría que contar la creación de varios premios y actos vinculados a la Feria del Libro que comenzó a celebrarse en la ciudad en 1967. No obstante, el logro más significativo en el haber de López Lozano en el campo literario se cifraría en la creación del Premio Ateneo de Sevilla de Novela, con la colaboración del editor José Manuel Lara (presidente y fundador de Planeta), cuya primera edición se falló en 1969. El apoyo de Lara —con el que, no obstante, no faltaron las desavenencias— sería un factor fundamental para que el galardón muy pronto superase las fronteras locales y regionales, convirtiéndose en un premio de referencia a nivel nacional.

El certamen fue la mayor innovación cultural introducida por López Lozano en el Ateneo, que recuperaba así parte del brillo que en otros tiempos había tenido en el ámbito literario, mientras que otros campos de actividad artística recibirían menor atención. Y si con el impulso literario la entidad consiguió mejorar su proyección nacional en ámbitos intelectuales, a nivel popular la vida local seguía viendo como mayor aportación de la institución la organización anual de la Cabalgata de Reyes Magos. En este campo, la impronta de López Lozano vendría a redundar en los cambios que desde la década anterior se habían introducido en el cabalgata bajo la dirección de García Díaz: así, los años sesenta vieron la introducción de nuevas vías de financiación, la diversificación de los medios de obtención de recursos y la aparición por primera vez de carrozas financiadas por empresas privadas. Al mismo tiempo, se reforzaba el carácter de espectáculo mientras que el desarrollo económico del país y de la ciudad relegaba a un segundo plano la vertiente benéfica y solidaria de la cabalgata, que no obstante no caería del todo en el olvido.

Tras sucesivas e incontestadas reelecciones, López Lozano dimitiría en 1976 de la presidencia del Ateneo después de doce años al frente de la institución. Atrás dejaba una entidad a la que había logrado no sólo reflotar en un momento de aguda crisis, sino imprimir un nuevo dinamismo en el contexto de la vida cultural y social de Sevilla. No es necesario llamarse a engaño: sin lugar a dudas, para cuando llegó la transición a la democracia, el auge de este tipo de círculos hacía muchas décadas que había pasado a mejor vida, y la instauración del nuevo régimen no haría sino acentuar las dificultades. En el futuro, el Ateneo tendría que hacer frente al reto que suponía una sociedad abierta y plural, en la que las críticas acendradas no faltarían y el desconcierto de la institución ante los rápidos cambios se haría patente. Sin embargo, López Lozano se despedía de la institución en los albores de la transición habiéndole procurado una estabilidad financiera que le había sido esquiva durante décadas; unos ritmos de actividad verdaderamente sorprendentes dada la situación de postración anterior a su llegada; y la organización de un galardón literario que a día de hoy sigue siendo uno de los más relevantes del panorama nacional. La entidad que en 1964 había estado a

punto de cerrar sus puertas era la misma que cinco años más tarde recibía la Medalla de Oro de la ciudad con la que abríamos estas páginas. En el Ateneo, como en otras empresas, la vocación modernizadora del presidente se había plasmado de manera elocuente, traducándose en una gestión fiel al *aggiornamento* anunciado en su toma de posesión.

* * * * *

Esta es la semblanza, trazada sintéticamente, de un hombre polifacético que fue, sobre todo, periodista. Un profesional de la información que tuvo inquietudes y aspiraciones de poner en marcha algunas de sus ideas orientadas a sacar a Sevilla de su subdesarrollo. En la coyuntura de los últimos meses del franquismo, con todo tipo de expectativas en el aire, López Lozano desarrolló una intensa actividad en la vida pública local desde la dirección de *ABC*, siendo también presidente de la Confederación Hidrográfica del Guadalquivir. No fue ajeno a los aires de cambio que se avecinaban y, a esas alturas, era reconocido como un hombre liberal moderado, muy lejos de la ortodoxia del viejo Movimiento Nacional. Su red de relaciones decía mucho de sus ideas. Con motivo de las elecciones sindicales de 1975, un informe de la Jefatura Provincial del Movimiento de Sevilla analizó la situación de algunos de los cargos de la Organización Sindical. Allí aparecía López Lozano, descrito en términos críticos como la «madre» de todo un grupo de figuras locales de claras ideas renovadoras: Antonio María Fernández Palacios (director de la Escuela Sindical), Cayetano Domínguez Delgado (concejal en el Ayuntamiento de Sevilla con contactos con la oposición), Manuel Otero Luna (presidente del Consejo de Empresarios), Antonio Navalón (director del Servicio de Información Sindical), Nicolás Salas (estrecho colaborador de López Lozano) o Juan Salas (hombre de confianza del delegado provincial Luis Fabián Márquez)³¹.

Su tiempo político ya había pasado cuando dio comienzo la transición democrática y no desempeñaría un papel activo en la primera línea de la competencia partidista. En realidad, Joaquín Carlos López Lozano había ya prestado su contribución en Sevilla tres lustros atrás, cuando desempeñó el cargo de presidente de la Diputación abriendo paso a unas nuevas ideas que enlazaron la idea monárquica, la modernización y el desarrollo dentro de un esquema de apertura progresiva de las libertades.

31. Vid.: AZANCOT FUENTES, F.: *Memorias de un segundón. Una aproximación al papel del Movimiento Nacional en la transición política. Comentarios al libro de Manuel Ortiz «Adolfo Suárez y el bienio prodigioso»*. Manuscrito inédito, pp. 157 y 158. Copia en poder de los autores del presente artículo.